

(lo que en nuestras referencias modernas supone “una memoria compartida” y, para decirlo todo, el ideal de una comunidad homogénea) con el respeto de una pluralidad de comunidades culturales. Estos estudios no aportan sin duda una solución a este problema primordial de nuestro tiempo, pero pueden, sin duda, contribuir a mostrar la extrema variabilidad, los reacomodos continuos y, para decirlo todo, la relatividad de las “construcciones memoriales”.

La pesada herencia del pasado

Luis González y González

Sugerido por la lectura del artículo de Jean Meyer para esta misma edición, el siguiente ensayo de Luis González viene como anillo al dedo para enriquecer la discusión que hemos pretendido echar a andar en torno a las conmemoraciones. Es cierto que en el recuento que hace, veremos, nos habla de un México del pasado. En cambio, aquello a lo que quiere llamar nuestra atención para ayudarnos a discernir “lo defendible y lo arrasable”, sigue siendo, desafortunadamente, muy pertinente. Tomado de, Luis González y González, “La pesada herencia del pasado”, en *Diálogos*, El Colegio de México, julio-agosto de 1981.

Hace apenas algunos meses Alan Riding, corresponsal extranjero de *The New York Times*, compareció, en el número muy debatido de *Town and Country*, con un reportaje sobre la belleza y fealdad de México donde se leen, entre otras muchas cosas, las copiadas enseguida:

¿Cómo puede un pueblo que saborea el pasado hasta la intoxicación entender a otro que constantemente mira al futuro? En la mesa de negociaciones el pasado de México se sienta junto al presente, y le susurra advertencias, alimenta sus suspicacias y le exige reparaciones y aun venganzas.



La memoria de México no se limita a las malas jugadas de Estados Unidos: todo el pasado del país produce una densa sombra sobre el presente.

La Semana Santa es un espacio propicio a las meditaciones de devotos y trotamundos. Si algunos paseantes han tenido la suerte mía de visitar una aldea purhé (Ocumicho), un pueblo de estirpe hispano-judía-mora (San José de Gracia), una villa virreinal e inmóvil (Pátzcuaro) y una ciudad antigua, grande y joven (Guadalajara) no van a negar, sin remordimiento de conciencia, las afirmaciones de Riding, vecino de nuestro país desde hace diez años. Por donde usted vaya encontrará indicios comprobatorios de la pesada presencia del pasado en México, y por lo mismo, no le será fácil rebatir a Riding, le costará mucho trabajo tomar la dirección contraria al reportero brasínglés. Muchos ayeres de la vida nacional se acumulan por donde usted pase. Lo fenecido en otras partes, aun vive aquí. En la República mexicana, el acopio de pasado viviente, reliquias y memorias, es una obsesión generalizada. Los extrajeros lo descubren a las primeras de cambio. A los de casa se nos dificulta la visión del anticuarismo propio.

Si la riqueza de las naciones se midiera conforme a la cantidad de tradición acumulada hoy, México ocuparía un lugar de proa entre los países ricos. Como todas las sociedades, la mexicana distribuye su pasado actual en cuatro almacenes: el de las supervivencias, el de los residuos, el de los recuerdos y el de la historia. Sólo en algunas sociedades, las bodegas de pasado son enormes como en México. Aunque a diario manda a la basura cosas del almacén de las supervivencias, y al extranjero, joyas de la bodega de reliquias, no disminuye su tesoro, pues sigue metiendo antiguallas en los cofres restantes. Si clasificáramos a los países de la Tierra en tradicionalistas y futuristas, a México, sin lugar a dudas, le correspondería el primer rótulo. Ciertamente los mexicanos, como lo afirma la fama, derrochan a manos llenas bienes materiales (recursos y dinero) pero guardan muy bien los bienes espirituales (costumbres, huellas, memorias e historiografías). Aunque se oyen lamentos sobre la rapidez de México para desprenderse de antiquísimas recetas de buen vivir, la verdad es que atesora más de lo acostumbrado en la mayoría de los países. Las



Supervivencia o costumbres

que se mantienen pegadas al cuerpo patrio son más notables y menos desprendibles, quizás por inconscientes, que las de los otros países del orbe occidental. En México hay pruebas vivas de cada uno de los estilos de cultura inventados por el hombre

a través de todas las edades. Ciertamente ya son pocos los que viven sumisos al imperio de la recolección, la caza y la pesca; con formas de participación de índole tribal, y con sistemas culturales que admiten los adjetivos de animistas y mágicos. Suman millones los instalados en tecnologías y creencias ligeramente menos añosas. Así los indios silenciosos, descalzos y de paso menudo, cultivadores de milpas, magueyeras y chilares, artífices de multitud de minuciosas y bonitas baratijas, mercaderes de mil tianguis y practicantes de ritos lúgubres, diseminados en todo el país y principalmente en la altiplanicie del centro, el eje neovolcánico, la Sierra Madre de sur y las selvas y pizarras del sureste. Los indios configuran cien naciones distintas: tarahumaras, yaqui, kikapú, huicho, cora, purhé, piinda, mazahua, nahua del poniente, nahua central, pame, otomí, totonaca, huasteca, mixteca, zapoteca, amizga, huave, tzeltal, tzotsil, maya, etcétera. La quinta parte de una población de setenta millones de mexicanos vive y opera, sin saberlo, conforme usos antiquísimos que suelen considerarse defectuosos por los rectores de nuestro Siglo de la Ciencia.

Todavía laten antiguas creencias y costumbres. Todavía sobrevive medio centenar de idiomas. Ya sólo los usan cotidianamente alrededor de cuatro millones y cada vez disminuye el número de hablantes en cada uno de ellos. Si bien el náhuatl es el idioma normal de ochocientas mil personas; el otomí, de medio millón; el maya, de casi cuatrocientos mil; el zapoteca y el mixteca, de un cuarto de millón cada uno, y el purhé, de más de doscientos mil, ninguno de estos seis idiomas, y con mayor razón los otros cincuenta que aún se hablan en el territorio mexicano, pueden llamarse idiomas vivos y vigorosos. Tampoco admiten el calificativo de muertos. Son lenguas no difuntas, pues se manejan en forma doméstica, ni propiamente vivas pues están lejos de ser vehículos de cultura universal. Son hablas sobrevivientes, lo mismo que los modos de pensamiento adheridos a ellas.

Aunque ya la mayoría de los indios hablan el español y la casi totalidad rezan a Tata Jesucristo, no se han despojado de algunos pensamientos y conductas de su vida prehispánica. Aún perviven el fatalismo astrológico, la identificación con el terruño, el concepto de un pasado ideal, la muina y el mal de ojo, las técnicas mágicas, los dramabailles, las ofrendas y ritos funerarios, mil yerbas con virtudes curativas, miles de expresiones plásticas, el fatalismo, el agobio, la melancolía, el desasimiento, la impasibilidad frente a las desgracias y a la pelona, un espíritu festivo y una actitud épica peculiares. El vetusto pasado indígena aún vive y colea entre indios y mucha gente mezclada y criolla. Quizá un poco de lo prehispánico es parte de nuestra personalidad y del carácter nacional y no simple apén-

Aunque ya la mayoría de los indios hablan el español y la casi totalidad rezan a Tata Jesucristo, no se han despojado de algunos pensamientos y conductas de su vida prehispánica.

dice de una etapa cumplida. Quizá con elementos netamente indios pasa lo mismo que con el cacareado mestizaje cultural.

Es un lugar común lo del hibridismo o fusión de ideas y costumbres indias y cristianas que se amasó en la centuria de las misiones, tolerado y a veces promovido por Motolinía, Gante, Quiroga, Alcalá, Sahagún y el grueso de una constelación de apóstoles. Es bien conocido que la mezcla cultural indoespañola se endureció como piedra y se le pegó al cuerpo nacional como chicle. Esa revoltura, más que supervivencia de un choque violento y amoroso, es una parte constitucional de la nación mexicana, un pasado que se ha vuelto carne de nuestra personalidad. Es el “café con leche de la piel” que nos identifica ante el mundo, no mero lastre de uno de nuestros ayeres ni cosa mala que amerite operación quirúrgica.

En una quinta parte de la gente de México, formada por mestizos y criollos de congregaciones pequeñas, pervive, un poco a escondidas, la cultura hispano-árabe desembarcada acá a partir del siglo XVI: ganadería extensiva y principalmente vacuna, hábil manejo del caballo, propiedad individual, derroche de recursos y fortunas, trabajo sin prisas y con pausas, trajes vistosos, casa de techo de teja y patio andaluz, antojitos picantes, luto femenino, fuegos artificiales, juegos de azar, lujuria masculina, recato femenino, machismo, mentadas de madre, puñales y armas de fuego que se desenvainan a la menor provocación, alcoholes vociferantes, peleas de gallos, culo y cohetes, soberbia, individualismo, práctica despótica del poder, honra y compradazgo. Miles de pueblos, rancherías, y ranchos del occidente y del norte aprovechan caminos pavimentados, luz eléctrica, radio y televisión, sin desprenderse de tales herencias mediterráneas y españolas, vivas en los siglos XVI y XVII, y supervivencias, en su mayor parte, a partir del siglo XVIII.

El México urbano, presume de moderno. Con todo, obreros y empleados de una capital de 15 millones de habitantes, de Guadalajara y Monterrey, de Puebla y Ciudad Juárez y de otras aglomeraciones mayúsculas que exhiben rascacielos, viaductos, aire irrespirable, contaminación moral, violencia y erotismo, provienen en su mayoría de pueblos criollos y mestizos no apeados de sus costumbres prehispánicas y coloniales. Nuestras ciudades son ciudades de campesinos. Ni siquiera la gran burguesía urbana que se mueve en automóvil y en yet, vacaciona en Europa y el remoto Oriente, educa a sus hijos en universidades inglesas, francesas y estadounidenses, lee inglés, toma whiskey, juega golf, se cura en clínicas de Houston, va de compras a San Antonio y de farra a Las Vegas, ha podido hurtarse totalmente a sucesivos pasados que le reaparecen al menor descuido, que viven contra su gusto, sobre todo las costumbres adquiridas en las etapas ilustrada y liberal en tiempos de los virreyes diecio-

checos, en las luchas de Independencia y de Reforma y en el Porfiriato. La mayoría de nuestra gente de postín aún no logra quitarse de barniz francés o liberal, sigue muy siglo XVIII, muy poco moderna, dentro de modas que en otros países occidentales ya sólo existen en el mejor de los casos como

Reliquias o antiguallas

o piezas de museo, que es la segunda forma como se hace presente el pasado en cualquier nación, aunque en muy pocas en tanta abundancia como en nuestro redil nacional México. Éste ostenta montones de cosas fenecidas, le gustan los cuartos de tiliches, los cerros de pedacería, las zonas de cascajo, los basureros públicos y Tepito. El que nuestra museografía deje mucho que desear no quiere decir que no sea una de las pasiones nacionales.

Aquí la historia asalta a cada paso. Los aborígenes de México vivimos intensamente la relación con nuestro pasado. De él no escapan tampoco los millones de extranjeros que cada año nos visitan. Una buena parte del turismo internacional acude al México relicario, visita justamente con los de casa de clase media y pop y con los niños de todas las clases, miles de sitios arqueológicos, docenas de ciudades de fisonomía colonial y decimonónica, museos, tiendas de antigüedades y aun archivos. La forma más común de hacerse presente el pasado es al través de este vasto tesoro de reliquias. Aun donde voló el canto quedan las huellas.

No es el único, pero sí uno de los pocos países de arqueología espectacular. La gran cultura mesoamericana que brilló desde Nicaragua hasta el Trópico de Cáncer durante el primer milenio y medio de nuestra era, ha dejado fragmentos numerosos de su caparazón en las pirámides del Sol y la Luna y el templo de Quetzalcóatl en Teotihuacán, los guerreros gigantes de Tula, la acrópolis zapoteca y las tumbas de Monte Albán, la ciudad consagrada a los muertos en Mitla, las yácatas de Tzintzuntzan y de Tingambato, la pirámide de los nichos en Tajín, los edificios y las lápidas finamente labradas en Palenque, las pinturas murales en Bonampak, la sobriedad arquitectónica en Uxmal, la frondosidad de la acrópolis maya-tolteca en Chichén Itzá, las cabezas colosales en La Venta, el templo mayor de la metrópoli y millones de vestigios entre los cuales las tumbas de todas las épocas ocupan un lugar de privilegio.

El esplendor de la casta dominadora durante los 300 años de la dominación hispánica ha legado, aparte de trazas de tablero de ajedrez en ciudades asentadas en llanos y trazas laberínticas en poblaciones serranas, espléndidos edificios (templos, palacios) en la ultrabarroca Puebla, la multifacética México, los emporios mineros de Guanajuato, San Luis Potosí, Álamos,



Taxco, Chihuahua y Zacatecas y Pachuca. También permanecen envueltas en el penetrante aroma del tiempo colonial, Morelia, Querétaro, Oaxaca, Mérida, Guadalajara, Durango... El progreso y el orden de los despotismos ilustrados de Teodoro de Croix a Porfirio Díaz asoma aún en docenas de edificios públicos y palacetes de la capital, en los teatros de las capitales de los estados y en los kioskos y jardines de muchísimos pueblos y en las casonas de las haciendas. En muchas construcciones persisten el fausto y esplendor de la Colonia y el Porfiriato. Aunque semioculto por construcciones recientes, sigue en pie un gran pasado momificado en monumentos.

Encerrada en museos tan maravillosos como los de antropología e historia del bosque de Chapultepec y los más humildes de la misma ciudad de México y las villas provinciales de Mérida, Morelia, Villahermosa, Hermosillo, Puebla, Oaxaca, Guadalajara, Cuernavaca y tantas más, hay un espléndido legado de vasijas, miniaturas, chimalis, máscaras, serpientes emplumadas, chacmoles, esculturas de toda clase de personas y bestias prehispánicas; tapices, brocados, estatuas de santos, petaquillas, pinturas de caballete, hábitos, ornamentos, vacos sagrados y mil maravillas más de la época colonial; muchos uniformes de los héroes decimonónicos y el armamento de nuestros juanes revolucionarios. Por último, la herencia de Itzcóatl, el monarca azteca quemador de archivos, las guerras del diecinueve y la rapiña de los traficantes de papeles históricos, no han conseguido quitarle al Archivo General de la Nación —uno entre miles— el privilegio de ser riquísimo, ahora cada vez más rico gracias a doña Alejandra Moreno Toscano.

Forman un mitin fabuloso o una enorme multitud los archivos diseminados en todo el país que piden lugar de estar y anaqueles, clasificaciones y ficheros. La gran mayoría de las miles de parroquias tienen libros seniles de bautizados y difuntos, de informaciones matrimoniales y cofradías. Algunos de los ayuntamientos conservan, aunque sean regados en tapanco, letrinas y rincones, papeles de la vida municipal pretérita. Tampoco escasean los archivos familiares ni los de escribanos y notarios. En el hogar, un gusto muy común es la colección de papeles. Se acumulan fotos, cartas, credenciales, títulos de propiedad y recortes de periódicos. Encerrados en petaquillas y aun en simples cajas de zapatos, se esconden numerosos archivos familiares. Pese a los ladrones de manuscritos, se levantan en esta choza, aquí en la casa, en el palacio municipal, en el curato, en docenas de oficinas gubernamentales, en miles de negocios y dondequiera, montones de testimonios escritos de la vida mexicana de los últimos quinientos años.

Se puede imaginar una tragedia consistente en cubrir con lozas inamovibles las tumbas prehispánicas descubiertas, en



remoler hasta el polvo los tepalcates dejados por la vida precortesiana, en arruinar hasta la extinción las ruinas, en destruir minuciosamente monumentos y documentos, en hacer, como el obispo Landa, autos de Maní, quema de papeles viejos, millones de piras o volcancitos con la documentación de la familia, el municipio, el Estado y la Nación y, sin embargo, México seguiría pletórico de pretérito; atado a la vida que fue, sumiso a lo de antes; en revoltura con el mundo de los antepasados, al través de chorros de

El gobierno de la República atiza los recuerdos de carácter nacional. Le gusta la conmemoración de las malas pasadas nacionales, seguramente con el propósito de que no vuelvan a suceder.

Recuerdos o memorias

de recuerdos personales y memorias colectivas. Ésta es una sociedad tan memoriosa como las comunidades judías. La costumbre nos vino de padre y madre. España era un país rememorador y rencoroso. Quizá los mayas, los mexicanos y los purépecha lo eran en mayor medida. Los últimos, cuenta la Relación de Michoacán, dedicaban días enteros a recordar colectivamente su pasado. Después de la Conquista, la rememoración y la conmemoración han sido alimento cotidiano. Abundan los padres de familia que repiten como sonsonete las calamidades y proezas de la gente antigua del terruño y los peores y los mejores momentos del pasado familiar. Muchos hemos oído al cura hablándoles a sus feligreses de “historia sagrada”.

La Iglesia católica atiza los recuerdos de índole universal y local. Desde el 16 de diciembre hasta el 6 de enero se conmemoran las posadas, “nacimientos”, en canciones navideñas, en acumulación de ruidos, en mensajes desde el púlpito y con trueque de regalos el suceso mayor de la venida de Cristo al mundo, sobre todo al Nuevo Mundo. A lo largo del año se celebran numerosas fiestas conmemorativas de figuras y sucesos de la cristiandad. A todas excede en emoción colectiva la del Día de Muertos. La Iglesia ha llegado a disponer, en cada uno de sus planteles, de eficaces aparatos técnicos: sermones, imágenes, esculpidas y pintadas, ceremonias litúrgicas, frontispicios barrocos, monumentos fúnebres, retablos, procesiones y otros recursos de la memoria. No pretendo probar que la Iglesia católica en México sea única en este campo. En todo el mundo es una institución que vive más de recuerdos que de ideas; más del corazón, sede de la memoria, que de la cabeza, sede de la razón. Pero sí cabe afirmar, que presionada por el pueblo, la Iglesia mexicana le da más cuerda que en otras partes a la recordación, deleite en el que también se solaza el Estado mexicano.

El gobierno de la República atiza los recuerdos de carácter nacional. Le gusta la conmemoración de las malas pasadas nacionales, seguramente con el propósito de que no vuelvan a suce-

El enorme caudal de vestigios monumentales y documentales y los frondosos recuerdos espontáneos y cultivados que testimonian las mudanzas de la vida mexicana han servido de fundamento a una producción cada vez más caudalosa de libros de asunto histórico de primerísima línea.

der. Se nos hace recordar en todos los tonos, y en las diversas edades de la vida, el achicharramiento sufrido por el patriota Cuauhtémoc por órdenes del codicioso invasor Hernán Cortés; el homicidio de los insurgentes Hidalgo, Allende y Aldama dispuesto por torvos españoles; la ejecución del valeroso cura José María Morelos por la misma gente; la defunción de los Niños Héroes de Chapultepec causada por fusiles estadounidenses; el robo, por parte de los mismos vecinos, de la mitad del suelo patrio; la destrucción física de la Reforma por los mochos y una nueva oleada de metiches, en esta ocasión franceses, acarreadores del emperador de barbas de oro; las docenas de martirios en Tacubaya, Uruapan y otras partes, obra de malos mexicanos; los cientos de defunciones de líderes y obreros achacados al dictador Díaz; los miles de muertos atribuidos al Chacal Huerta. El martirologio oficial de México es, quizá, el más poblado del mundo. ¿En alguna otra parte se hará una recordación más copiosa de defunciones y catástrofes? La gente y el gobierno a una se acuerdan a diario de latrocinios, genocidios, torturas, hambrunas, quemas y fusilatas en las que asoma la intervención de países extranjeros. El culto a los mártires de aquí y la irreverencia, el odio y los insultos contra los fuereños son nuestro pan de cada día.

Pueblo y gobierno se solazan en la recordación de la manera macabra cómo algunos de los héroes patrios se volvieron cadáveres. A los mexicanos, como a los judíos, nos gusta recordar calamidades y persecuciones. Nuestro repertorio de memoranzas sirve para concitar odios y fatalismo. A fuerza de recuerdos mantenemos caliente y echando chispas la xenofobia, especialmente el desamor hacia los gringos. Desgraciadamente mantenemos las mismas actitudes en la

Historia escrita

que es la cuarta manera como nos apropiamos del pretérito nacional en forma cada vez más vista. El enorme caudal de vestigios monumentales y documentales y los frondosos recuerdos espontáneos y cultivados que testimonian las mudanzas de la vida mexicana han servido de fundamento a una producción cada vez más caudalosa de libros de asunto histórico de primerísima línea. No menos de cinco mil especialistas en el manejo de tepalcates y papeles viejos laboran actualmente en la resurrección del pasado prehispánico, la vida colonial y las tres revoluciones de la vida independiente. De esos cinco millares, una tercera parte es extranjera. Los dos tercios de historiadores mexicanos, en el Instituto Nacional de Antropología e Historia, Condumex, El Colegio de México, El Colegio de Michoacán, va-

rias sociedades de provincia y algunos institutos universitarios investigan, con creciente profesionalismo, los numerosos avatares de nuestro acontecer. Esto no quita que siga en el mercado la mala historia.

Pocos países cultivan con tanto entusiasmo como México la historia que es mucho más elaborada que la simple recordación. Aquí, al través de libros, artículos periodísticos, audiciones radiodifusoras, programas de televisión, coloquios, conferencias y cursos corrientes, el buen historiador procura mantener en la mente de cada uno de los mexicanos el tránsito de hombres de Asia a la América, la vida recolectora y cazadora de hace veinte mil años y más, la invención de la agricultura del maíz, del frijol y del chile, el desarrollo de las civilizaciones olmecas, maya, teotihuacana, tolteca, mixteco-zapoteca, purhé y tenochca, la llegada de los hombres blancos y barbados, “la Malinche, los ídolos a nado”, el joven abuelo, la orgía del mestizaje, la compra de esclavos oscuros, la servidumbre de indios por conquistadores y mineros, la evangelización, los cultivos y los ganados traídos de Europa, la vida en las haciendas, los obrajes, la mortandad del siglo XVIII, los gremios de artesanos, las luces y sombras del siglo XVIII, los once años de lucha insurgente, el júbilo de la independencia, la etapa anárquico-despótica que condujo a la pérdida de la mitad del país, la reforma liberal y la dictadura de don *Porfi*, y por último, la Revolución y las grandes reformas revolucionarias en el orden agrario, laboral y de la cultura, la explosión demográfica, la carrera industrial y otros adelantos y problemas del pasado inmediato y del presente, en ocasiones conforme a las reglas del oficio histórico, y en otras.

La historia ocupada en describir tan compleja vida corre por cuatro carriles desde hace, por lo menos, media centuria: el clerical, el oficialista, el marxista y el simplemente comprometido con la verdad. El primero de los cauces citados también admite los nombres de conservador, tradicionalista y reaccionario; el segundo se autodenomina liberal y patriótico; el tercero pretende ser científico, y el cuarto, por el que las aguas fluyen sin ruidos ni saltos, no tiene etiqueta popular o propagandística.

La literatura eclesiástica, conservadora y tradicionalista cuenta cada vez con menos cultivadores. Ya no posee el apoyo unánime de la clerecía y la aristocracia. Ya no es la única en cursos de seminarios de “curas” y en colegios de “hermanos” y “madres”. Está en decadencia práctica, que no teórica. Aduce razones atendibles al hacer arrancar la vida nacional en la conquista española; funda sobre bases firmes la defensa de la época colonial; no aboga por Agustín frente a Miguel sólo por abatir al contrincante; no corren totalmente fuera de razón sus juicios acerca de la reforma liberal, la dictadura liberal de Díaz y la dictablanda que se autonombra Revolución. Pero el conser-



vador peca de politicismo. Se ciñe a las mudanzas políticas y militares, se ocupa poco de hechos de civilización y de cultura. Su protagonismo es de cortos avances.

La corriente histórica que se dice indigenista, hispanófoba, liberal y revolucionaria cuenta con muchos y prósperos cultivadores y un lector cautivo cada vez más amplio. Aunque sin la venia de los círculos ilustrados y superiores del poder, sigue en ascenso en bajos fondos burocráticos, y en descenso en altas torres científicas. Se ha dejado llevar por la finta de ser escuela de patriotismo y hace embustes al por mayor para propalarlos como si fueran verdades, como la verdad del acontecer mexicano. A veces reconoce sus mentiras piadosas y pide su sustitución, no por verdades probadas, sino por otras mentirijillas. Rehúye, con un tesón que espanta, la realidad del pasado. Es obra de la beatería de miles de sacristanes, es decir, de algunos miles de maestros mucho más santurrones que los antiguos curas. La historia de la sacristanía tiene menos validez de verdad que la historia de la desplazada clerecía, pero es tanto o más miope que ésta. Sólo sabe prenderle veladoras a los que viste de héroes y echar agua bendita y desahogos verbales a los que declara villanos. Se mueve en un mundillo de patriotas y traidores; no dice nada importante de los cambios técnicos y económicos ni de la procesión de los valores al través de la vida multiseccular. Impone, por capricho, una visión estrecha y casi siempre ilusoria del pasado nacional.

Las rectificaciones aducidas por la escuela histórica inspirada en el pensamiento de Marx tienen hoy muchos seguidores, si no en el proletariado, si entre estudiantes de universidad. Pese a la adicción de numerosos clérigos, es una corriente que todavía no da muestras de decrepitud. No obstante el amor que le profesan algunos sacristanes, está lejos de ser el dogma que sustituya el actual en las escuelas de gobierno. La versión marxista del acontecer mexicano es mucho más amplia y profunda que las dos maltratadas; no se queda en la superficie de administraciones y combates; se mete en el subsuelo de los modos y relaciones de producción, y no prescinde totalmente de la trayectoria cultural. No es una versión ajena al pragmatismo. Muchos de sus miembros supeditan la verdad a la consecución de metas sociopolíticas. Quieren, como los conservadores, desplazar, por medio de polémicas, la versión oficialista.

La historia que tiene como propósito supremo y único el de la verdad del acontecer mexicano, cada día se fortalece más, pero no cuenta con los terrorismos verbales y la actitud combativa de las tres anteriores. No ofrece recompensas de índole práctica. No ayuda a legitimar el poder establecido. No proporciona modelos de buena conducta; no sirve de apoyo a mudanzas violentas. Aunque lanza la vista en todas direcciones,



rehúye la hechura de discursos panorámicos. Aunque le preocupa el porvenir, no se atreve a proponer caminos. Aunque es un saber hondo y sistemático, le asusta señalar rumbos. Es la única historia plenamente justificada. Se justifica como liberadora del peso del pasado. Su valor se asemeja al de los “diablitos” en uso por los cargadores de la Merced. Por medio de la historia verdadera quizá sepamos qué es

Lo defendible y lo arrasable

del enorme peso del pasado nacional, qué lo dañoso y qué lo nutritivo, cuál es el lastre que conviene mantener para no quedar como hoja en borrasca y cuál destruir para no hundirse como piedra en el pozo. Necesitamos del pasado pero sólo en determinadas dosis y no a cualquier hora. La manera como se consume en México resulta, según varias opiniones de buenos y lúcidos amigos, tóxica y paralizante. Apenas permite moverse, dar paso, cumplir programas. Entre nosotros, el peso del pasado es muy pesado; nos produce más molestias que una pesada cena; nos embota el pensamiento; nos despierta el malhumor; nos mantiene insomnes, pero no ágiles.

Si éste no fuera un mero ensayo, aduciría pruebas, me demoraría muchas páginas para demostrar cada una de las cosas dichas. Es demostrable la manera multiforme como se presenta el pasado en México. Es posible fundar la afirmación de que consumimos grandes y poco digeribles dosis de ayer en forma de supervivencia, de reliquia, de añoranza y de historia. Es fácil documentar, hasta con una simple excursión, que hay en la República mexicana personas que se han mantenido en la edad de piedra; grupos sociales que persisten en la manera de vida colonial; hombres adormilados en los tiempos de Croix y de don *Porfi* y una mitad de compatriotas que se apretuja en la civilización moderna aunque sin democracia ni otros valores recientes. Es más fácil aún aportar pruebas de la superabundancia de reliquias: tumbas, pirámides y códices prehispánicos; tumbas, templos y manuscritos coloniales; tumbas, palacetes, y periódicos de la dictadura y el brazo de Obregón. Abundan los testimonios del México relicario, de la patria convertida en cuarto de tiliches, del polvo de historia, de la basura dejada por cien siglos de humanidad. No menos demostrable es la costumbre mexicana de acordarse de sucesos dolorosos de la vida personal, familiar, local y nacional. Están a la vista morbosas conmemoraciones eclesiásticas y oficiales, del municipio y de la familia. Ya habrá tiempo, en otra ocasión, de aducir pruebas de nuestras varias y caudalosas corrientes historiográficas y de lo malsano de dos de ellas, de las que se encargan de atizar el

Abundan los testimonios del México relicario, de la patria convertida en cuarto de tiliches, del polvo de historia, de la basura dejada por cien siglos de humanidad. No menos demostrable es la costumbre mexicana de acordarse de sucesos dolorosos de la vida personal, familiar, local y nacional.

Antes de la fusilata, conviene proceder de modo contrario a Pancho Villa o a quien haya dicho: “primero maten y después averigüen”. Previa a las operaciones de “perdón e incendio” deben ser las de “catálogo” y “discrimen”.

pleito estúpido y doloroso de indigenistas e hispanistas, de devotos de Hidalgo contra devotos de Iturbide, de admiradores de Juárez contra admiradores de Miramón, de unos mexicanos contra otros por quítame esas pajas.

Los considerandos anteriores, para seguir la costumbre mexicana del siglo XIX, deben adicionarse con un llamado a las armas, con un lema de combate. El grito del Hidalgo del futuro próximo debe ser: ¡Señores, no hay más remedio que ir a remover supervivencias, encarcelar residuos y enterrar mártires! El nuevo grito de Dolores tiene que arremeter contra las ánimas de los difuntos que siguen metiéndose con nosotros. Las consignas para la siguiente generación de mexicanos deben ser: no más supervivencias inútiles o perjudiciales; no más basura fuera de su lugar; no más remembranzas encendedoras de odios, suspicacias y quejumbres; no más historias con aspectos de puñales.

Posibles combatientes: no propone ninguna acción destructiva sin límites; no se postula la homogeneización como meta principal; no se rechaza el derecho a la diferencia consciente y querida; de ningún modo se busca la destrucción de monumentos y documentos del pasado; por ningún motivo se propondrá ahora el cese de algunas conmemoraciones religiosas y cívicas, y ni siquiera se hará la útil sugerencia de maniatar y poner bozal a los historiadores clericales o hispanistas y oficialistas o hispanófobos. Antes de la fusilata, conviene proceder de modo contrario a Pancho Villa o a quien haya dicho: “primero maten y después averigüen”. Previa a las operaciones de “perdón e incendio” deben ser las de “catálogo” y “discrimen”. Si previamente se hace historia en serio, que es la forma sana de consumir pasado, puede justificarse la destrucción de los modos indigestos, intoxicantes, malsanos, de comer ayeres. En pastillas historiográficas de buena factura, el pasado del país en vez “de proyectar la densa sombra sobre el presente” que descubre Alan Riding, proyectará luz necesaria para saber caminar sin demasiados tropezones.